

Werner Kofler

El pastor en la roca

Pieza en prosa

Traducción de
Carlos Fortea

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2019

Título original: Der Hirt auf dem Felsen
© Herederos de Werner Kofler

© De la traducción, Carlos Fortea, 2019

© **Ediciones del Subsuelo, S.L.U., 2019**
c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona
www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-947802-3-3
Depósito legal: B 10997-2019

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Plaça Verdaguer, 1 - 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Sección Primera

Montaña Muerte Chiste 9

Sección Segunda

En el manicomio de Samonig 62

Sección primera: Montaña Muerte Chiste

Leo: *Chiste fatal*. Un chiste que un alpinista iba a contar a su compañero durante una marcha por la zona del Alto Tauern se convirtió en funesto para el gracioso: cuando se volvió hacia su acompañante mientras lo contaba, perdió el equilibrio, cayó a un barranco y quedó muerto en el acto.

Leo: *El chiste fue mortal*. Sin haber terminado de contar su último chiste, un erudito se precipitó el martes hacia la muerte: en el camino de vuelta desde la cueva denominada Entrischen Kirche, precisamente en el punto extremo de la cresta de Detmold, el docente, dijo su acompañante, un profesor, se volvió de golpe con gran impulso, como para ir al grano, y perdió pie en mitad de la frase; cayó a plomo cien metros y se estrelló en un saliente rocoso. El profesor prosiguió el descenso para alarmar desde un refugio a los servicios de salvamento. El compañero de escalada, todavía bajo la impresión del terrible accidente, no pudo indicar cuál era el chiste que le había costado la vida al docente...

Sigo leyendo: *Enigmática muerte en la montaña*. Cada vez parecen más misteriosas las circunstancias de la caída mortal de un científico en el Alto Tauern, supuestamente desencadenada por un chiste. El único testigo, el compañero de escalada del malogrado, insistió, en su declaración en el puesto de mando de la gendarmería, en su relato de que

el otro estaba contando un chiste, un chiste muy complicado; sin embargo, cuando se le pidió que intentara hacer una reconstrucción, el testigo tan sólo consiguió producir un barullo de historias cortas; luego volvió a decir que la posible causa era un estado de *confusión*, que no describió con mayor detalle, una conducta que permite deducir una implicación todavía no aclarada, puesto que el malogrado era un narrador claramente seguro y un humorista con experiencia; el hecho de que se diera la vuelta en el punto culminante y en mitad de una frase da pie a notables dudas... Por lo demás, las frases que acabo de leer no figuran en el periódico, las he añadido de mi cosecha, basado en consideraciones técnicas referidas a la declaración, pero creo que afectan al núcleo del asunto... Pero prosigamos: ha afirmado usted que, mientras ascendían a la cumbre, su compañero de escalada había contado la siguiente historia: en Millstatt, un hombre, un tal —el nombre no viene al caso— entra a una tienda llamada Modas Fian y pide unas medias de deporte blancas. —¿Cómo? ¿Medias hasta la rodilla, dice usted? Muy bien, me quedo con medias... el vendedor, un tal... bueno, como se llame, dice: lamento no tener ya medias blancas, pero me permito recomendarle calurosamente los pañuelos de cuello azules; en Grosskirchheim por su parte un cliente, un tal señor Bürger, entra en una papelería para comprar un pañuelo azul, pero el propietario, un tal señor Kramser, le aconseja comprar medias blancas, dado que no tiene pañuelos azules en el almacén; poco después, según sus indicaciones, prosigue el compañero, aparece un anuncio del siguiente tenor en los periódicos regionales: ¿Quiere usted medias blancas y le ofrecen pañuelos azules? ¡Venga a vernos! En nuestra empresa, pedirá pañuelos azules y le daremos medias blancas de primera ca-

lidad... Trattnig, localizable en Villach, fabricante líder de pañuelos azules desde 1945. TRATTNIG, DESDE HACE MIL AÑOS... Pero antes usted contó de otra manera el supuesto chiste, más breve, algo así: Que uno pide un pañuelo azul en una tienda de Klagenfurt y la vendedora pregunta cómo quiere esa valiosa pieza: ¿inglés? ¿al punto? ¿al dente?... Pero diga usted mismo, ¿se supone que eso es un chiste? Yo no... eso es una farsa, nada más, demasiado para morir y demasiado poco para reírse, como se dice en esta región, bueno, al revés, demasiado poco para morir y, para reírse... también demasiado poco para reírse. Pero cuidado, no crea que nosotros, los comandantes de puesto, no entendemos esas alusiones, medias blancas, pañuelos azules... Por sus medias los conoceréis, se decía ya en la revelación del Reino; por mi pañuelo veréis: Yo soy, dice ÉL... Siempre hay que tener cuidado con esas cosas, ¿quién dice que no sea sencillamente usted el que pone esas impertinencias en boca de su compañero muerto? Mi propio padre fue nacionalsocialista ilegal, y me dejó, en una caja con tapa de cristal, como su más valioso legado, dijo, sus medias blancas hasta la rodilla, con las que en los llamados tiempos de lucha anduvo mucho por Wolfsberg, Klagenfurt y las montañas —no tengo más que subir al desván para sacarlas—, y mi primo es un liberal en cuerpo y alma, ¡intente manchar su pañuelo azul, por ejemplo con un chiste, y se va a enterar! Naturalmente, el nuevo administrador es un inmigrado, no un nativo, indiscutiblemente es más habitual de lo habitual, precisamente por eso no vamos a atribuirle nada malo. ¡Fantástico!, entiende, fantástico, mejor aún, ¡lo más fantástico!, como decimos nosotros... Lo falso, que resplandece en medio de la fuerza de lo verdadero... eso es la seducción; lo verdadero, que resplandece

en medio de la fuerza de lo falso, es lo obsceno... ¿Ha oído alguna vez palabras como estas en boca de un gendarme? Yo tampoco, yo mismo me asombro, pero ya ve: no somos tontos... Bueno, sigamos con el protocolo, vayamos al lugar de la paz celestial, lo mismo que hace poco disfrutábamos en el valle. En otra versión —¿he vuelto a olvidar su nombre? Sí, puede ser, a menudo estoy distraído, terriblemente distraído, la nieve, sabe, la nieve en la cabeza, la nieve de ayer—, en otra versión ha dicho usted que posiblemente no fue un chiste lo que hizo precipitarse al abismo a su acompañante, sino una *confusión*, provocada por un *engaño de los sentidos*: ha indicado usted que el docente, después de haber bajado de lo que se conoce como chimenea y haber atravesado aquella pequeña meseta, la llamada Iglesia Pagana —una iglesia pagana en realidad, porque iglesias paganas hay unas cuantas aquí—, al subir a la cima de pronto se detuvo, asomando la cabeza y el torso sobre el abismo, como si estuviera escuchando, y de pronto gritó: ¿Lo oye, lo oye usted también? Que a la pregunta: ¿El qué?, respondió: La música de viento, allá al fondo, el coro mixto, ¿no lo oye? Una romería, el Movimiento Wörgl, tiene que ser la romería del Movimiento Wörgl, ¿oye, oye cómo cantan, *pañuelos azules y medias blancas/medias blancas, pañuelos azules*... ¡otra vez! No paran, ¿eh?, y que movió los labios como si cantara y los brazos como si dirigiera, para exclamar después: ¡Los himnos de los parques nacionales...! Luego, usted contó que, en medio del total silencio, el docente había gritado: Escuche, qué emocionante, abajo, los coros... *Haydn Schumann Mendelssohn*, maravilloso, escandido de manera única, la masa, la masa sigue existiendo, ahora, otra vez, *Haydn Schumann Mendelssohn*, ¿no lo oye? Pero que de hecho no se oía nada, ni el más mínimo

ruido, pero su acompañante, en su deseo de percibir aún más lo inaudible y con más claridad, acabó asomándose demasiado al abismo, dejando de prestar atención al equilibrio... ¡Vaya! Eso sí que es un chiste, ¡pero se le van a quitar las ganas de contar chistes e historias, espere un poco! A las repetidas preguntas del profesor de si no oía nada, usted no respondió, por ejemplo: No, no puedo oírlo, tiene usted que asomarse un poco más, entonces quizá lo oiga, ¿no? No gritó, por ejemplo: Sigo sin oír nada, asómese un poco más, profesor, sí, está bien así, me parece que he oído la palabra Haydn, pero puedo haberme confundido, tal vez haya sido la palabra Heine, o Henisch, un poquito más, querido profesor, ¡ahí!, la palabra Schu... o incluso he distinguido el contorno de Schumann, sí, Schumann, no hay duda, pero lo otro, lo demás, profesor, no puedo oírlo, aún no, un último esfuerzo, professore... así puede haber sucedido, ¿no, de verdad que no? Que usted dijo: un pasito más, profesor, y podré oírlo, sí, muy bien, un poco más a la derecha, magnífico, enseguida... ¿no? ¿De verdad que no? No puedo creerlo... ¿Cómo, que el profesor es usted, que el otro era sólo un erudito y profesor ocasional? ¿Eso es todo lo que se le ocurre respecto a mi teoría? Increíble... No tiene que haber sido a propósito... también puede haber sido por negligencia, negligente interés por lo inaudible, arrastrado, arrastrados ambos, el uno más, el otro menos... ¿no? Bueno, ya sea intencionado o negligente, he querido tenderle a usted un puente, un vacilante puente colgante sobre el abismo... Si no fue negligente entonces peor, intencionado, y si no fue intencionado sigue siendo negligente, o *demente*, el tercer camino, también es una posibilidad, quizá la más verosímil... Espere a estar en presencia del experto, el experto contratado del manicomio de

Samonig, el consejero Neubauer, Oskar Neubauer, se va a quedar sin habla... Un hombre temido, el experto, y de una fealdad y obesidad... no tiene cuello, ¿entiende? Su obeso rostro pasa, sin rastro de hombros, directamente al gordo cuerpo, a esa gordura que ya no tiene espejos ni escenarios, como decimos los comandantes de puesto... de una monstruosidad tal, que nadie que esté ante él es capaz de soportar su mirada, y todo el mundo intenta apartar la vista, hasta que el experto exige al delincuente que le mire a la cara... y en ese momento el pobre está perdido... Usted lo va a vivir. A sobrevivir, disculpe, así que *piense* bien lo que declara en las próximas páginas. Escucho. Anoto: